Año IX — Barcelona 26 de Junio de 1912 — Epoca 4.ª—Número 115

# Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.ª

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . » 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

## Otra vez la «joven república»

La república portuguesa, que fué conquistada y es sostenida por el esfuerzo de los cándidos obreros, vuelve otra vez a las andadas, declarándose enemiga de las reivindicaciones del proletariado.

En cuanto éste se apresta a la lucha por su emancipación las autoridades republicanas, bajo el socorrido pretexto de sostener el orden público, cometen toda clase de atropellos contra los obreros y sus organizaciones poniéndolos en condiciones de inferioridad ante la burguesía, a la que facilita el triunfo.

Pero si la república portuguesa es «joven» por su edad, en sus procedimientos es una vieja marrullera al igual que las repúblicas ancianas y que las monarquías que aun quedan por ahí.

De marrullería puede calificarse lo que hizo con ocasión de la última huelga general, que después de llenar de muertos y heridos las calles y de presos las cárceles, se mostró *magnánima* concediendo una amplia amnistía. En verdad que con ello el más beneficiado fué el Estado que sacudió el lastre que tanto le pesaba, después de haber dado el triunfo a la burguesía.

La república portuguesa, como la francesa, la americana y todas las demás, continúan, en cuanto afecta a la lucha entre el capital y el trabajo, los mismos procedimientos que las monarquías. Continuamente la prensa anarquista y sindicalista lo está demostrando con hechos elocuentes, sin que el proletariado quiera darse por enterado. Continúa pegado a la política como el molusco a la roca, sin que la persuación obre en su mente despejándole el cerebro. Cree todavía verdad cuanto los mercaderes de actas les dicen y olvidan que «no es posible la emancipación de los trabajadores en tanto éstos tengan un *emancipador*, un jefe, por cuanto que aun logrando vencer a los sustentadores del régimen, no harían más que instaurar otro régimen de privilegios, en el que resultarían privilegiados los *emancipadores*, los jefes. Que no es posible abolir lo privilegios con organismos en los que el privilegio exista, por cuanto no es posible la emancipación si no por obra de los trabajadores mismos».

Y así ocurrió en Portugal, donde la clase trabajadora, en vez de dedicar sus esfuerzos a una obra de redención social, los dedicó a la obra de redención política, no consiguiendo ni siquiera esta redención, a pesar del triunfo, porque el trabajador sólo tiene personalidad entre sus compañeros: en los centros políticos no se le reserva otro papel que el de aplaudidor; en día de elecciones, el de votante, y si en alguna ocasión se siente consciente y pretende hacer uso de la palabra, le sale al paso el jefe—un Lerroux cualquiera—recordándole su condición ínfima, por la cual sólo tiene derecho a oír, ver y callar.

Ha habido repúblicas, como la Argentina y la del Uruguay, que en su juventud han guardado las formas, practicando una democracia pasable. La de Portugal, no; a los cuatro días de implantada, cuando vió que el obrero se dió cuenta del engaño de que había sido víctima, y que se aprestaba a prescindir de tutores—de *emancipadores*—para confiarse a su propio esfuerzo, cometió aquellas infamias, que tuvo que disfrazarlas haciendo ver que era un movimiento para derrocar la república, lo que sólo era una huelga general revolucionaria que tal vez hubiera derrocado algo más que las instituciones.

Ahora también, con ocasión de la huelga general de Cavilham, ha puesto en práctica el método del terror. Veamos los telegramas que publica la prensa:

«Se ha declarado la huelga general en Cavilham, habiéndose cerrado todas las fábricas.

Los directores de la huelga de tranviarios y los miembros del Comité de resistencia han sido detenidos esta madrugada en sus propias casas.

Los garajes de los tranvías están ocupados por la guardia republicana y los buques de guerra están ya preparados para recibir a los huelguistas detenidos.

La casa sindical y el domicilio social del sindicato de gasistas de Lisboa, donde se reunían los huelguistas tranviarios, han sido cerrados por las autoridades».

Como habrán visto nuestros lectores, el proceder de la república portuguesa, de esa república que debe su existencia al proletariado lusitano, nada tiene que envidiar al absolutismo del autócrata ruso.

Y es natural que así sea. Lo irritante es que los obreros no tiren a rodar el chirimbolo del gorro frigio por el mismo camino que destruyeron la monarquía. Creemos que no tardarán en hacerlo, y dada la actitud que va adoptando el pueblo portugués, aun abrigamos la esperanza de que sacarían alguna enseñanza los que han visto con que facilidad se hacen las revoluciones y como en el término de veinticuatro horas puede transformarse el régimen de un pueblo.

Y si repúblicas que durante casi un siglo fueron liberales en el sentido político, han terminado como la suiza y la argentina constituyéndose en verdugos, puede calcularse cómo terminará la república portuguesa, que tan joven se ha prostituido

Esto hará ver a los trabajadores con cuanta razón abominamos de toda clase de políticas, porque la cuestión no estriba en cambiar de amos, sino en suprimirlos. La libertad es una aspiración de todos los seres. La imposición, la violencia causa instintiva repulsión.

Y la república, como la monarquía, como toda forma de gobierno, es eso: imposición y violencia.

Si a pesar de esta represión el movimiento huelguista portugués tomara incremento, es fácil que la prensa republicana, como ocurrió anteriormente, salga diciendo que los huelguistas son elementos vendidos a los partidarios de la monarquía de Braganza, que cayó para no levantarse jamás.

Si esto ocurriera, la prensa sindicalista y anarquista demostraría la magnitud de la infamia. Hay cosas que no pueden repetirse.

## Acción política y acción social

Si titánicos son los esfuerzos que los directores políticos de todas categorías realizan para atraerse las simpatías de los trabajadores y alcanzar su adhesión, no menos constantes y vigorosos son los que practican los entusiastas luchadores, que con sinceridad y abnegación ilimitadas, procuran mediante la clara exposición de ideas eminentemente redentoras, alejar a los trabajadores del embrutecedor e inmundo campo de la política. Es una lucha implacable que, a pesar de su crudeza, no se manifiesta exteriormente de una manera muy violenta.

Las agrupaciones o fuerzas políticas tienen, como las agrupaciones sociales, sus períodos de pujanza y de decaimiento, aunque la debilitación de las primeras va manifestándose de una manera cada vez más acentuada, debido a que el proletariado mundial va adquiriendo poco a poco la verdadera noción de las causas de su esclavitud y de su miseria, lo que facilita poderosamente la continua multiplicación y el efectivo avance de las segundas hacia la conquista de la igualdad humana. Y en esa especie de flujo y reflujo, tan desigual e irregular, existe un inmenso y complejo campo de observación, del que se deriva para el investigador de tan esenciales problemas un cúmulo enorme de valiosísimas enseñanzas para el futuro.

Hemos afirmado que las fuerzas políticas se hallan en su ocaso; sin embargo, hemos de registrar en estos últimos tiempos un pequeño recrudecimiento en sus luchas y movimientos, ocasionado por un fenómeno muy digno de estudio.

Cuando empezaron a propagarse de una manera decidida y concreta las ideas socialistas, y con ellas, el criterio libertario, los trabajadores afiliados a los partidos políticos vislumbraron una nueva esperanza, mezclada con la promesa de un más amplio e inmediato bienestar.

Con el ímpetu necesario en tales circunstancias, fueron a engrosar acto continuo las filas de los que luchaban resueltamente por tan generosos ideales, y éstos adquirieron en poco tiempo una fuerza extraordinaria. Sacrificios, abnegaciones, heroísmos, de todo hubo.

Al final, ocurrió lo que lógicamente debía ocurrir: los sacrificios se prolongaban, las abnegaciones y los heroísmos se convertían en una pesada carga, la igualdad y la libertad era mucho más difícil de alcanzar de lo que primeramente creían y vinieron los desalientos. Los jefes políticos, siempre atentos a cuanto ocurre, no desperdiciaron aquellos instantes, y arreciando en la propaganda, procuraron captarse nuevamente las simpatías de los desengañados, tratando de demostrarles la ofuscación en que antes vivían. Doloroso es afirmar que lo consiguieron en gran parte. He aquí el por qué del actual, aunque pequeño, recrudecimiento de la lucha política.

Ahora bien: ¿desecharon, acaso, la mayoría de aquellos trabajadores la idea de alcanzar en un momento dado la tan anheladad igualdad? Ciertamente que no; persistían en sus aspiraciones.

Dejemos de lado los que minados ya por el pesimismo lucharon desde aquel instante en las filas políticas, no por un ideal, equivocado si se quiere, pero ideal al fin, sino por un destino más o menos retribuído o por vivir en completa holganza; en éstos no existe más que un degenerado y despreciable egoísmo. Lo que nos interesa es la situación y deseos de los primeros.

Alguien de nosotros se preguntará en el colmo de la extrañeza: ¿cómo militando ya en nuestro campo, el único en que puede lograr su total emancipación, abandonóse nuevamente a la voluntad de los embaucadores políticos que sólo le mantendrán en completo engaño?

Muy sencillo; muchos de aquellos trabajadores, si se vinieron con nosotros, fué porque se les afirmaba que con el triunfo de nuestras ideas obtendrían más libertad, más justicia y sobre todo más pan, que en vano esperarían de sus caudillos.

Y esta y no otra era la causa de que por ellas lucharan.

Ellos no entendían de sistemas filosóficos ni de planes políticos; tampoco tenían un concepto bien claro de nuestras doctrinas, de su significación, de todo su alcance; ellos pedían solamente pan, y donde se oían clamores demandándolo allí se dirigían. Como sus aspiraciones no se convirtieron inmediatamente en realidades, nos abandonaron dudando de la eficacia de nuestros esfuerzos, volviendo de nuevo al redil político donde no se les hablaba de la completa igualdad, ni de la verdadera justicia, pero se les prometía el inmediato *mejoramiento* de su situación mediante reformas graduales que concedería el Estado.

¿Hallará en la política y en la protección del Estado la satisfacción de sus nobles y justos deseos? De ningún modo.

¿Se ha dado cuenta del gran engaño de que es víctima por parte de sus jefes? Tampoco.

He aquí, pues, la labor a realizar, emprendida ya con éxito por numerosos compañeros.

Demostrarle claramente y sin rodeos que dando su representación a otro hombre para que le conquiste el bienestar abdica su libertad, anula su actuación y confúndese con la masa embrutecida y esclava; demostrarle que todo jefe político, cualesquiera que sean sus promesas y su revolucionarismo, cuando alcanza el poder ha de convertirse irremediablemente por ley de conservación en verdugo de los que le encumbraron, haciendo caso omiso de los oprimidos y desheredados, es una obra valiosísima que merece nuestro apoyo.

No regateemos nuestros esfuerzos si queremos ver extinguida pronto la acción política para ser reemplazada por la acción social, cuya finalidad consiste en alcanzar la emancipación integral de todos los humanos.

FEDERICO FRUCTIDOR

## Por ahora hace años

En la prensa hallo el siguiente telegrama:

«*Lisboa, 21. — Han sido detenidos esta mañana los miembros del Comité de huelga.*

*Las cocheras del tranvía están ocupadas por la guardia republicana.*

*Los buques de guerra están preparados para recibir a los huelguistas presos.*

*Ha sido clausurado por las autoridades el domicilio social del Sindicato de gasista», donde se reunían los huelguistas tranviarios.*»

He ahí como trata la República a los trabajadores.

No es cosa nueva. Así sucede en todas las naciones de régimen propietario capitalista predominante. Así ha de suceder forzosamente donde quiera que los despojados por el derecho de accesión presenten reclamaciones que perturben los cálculos gananciales de los usurpadores de la riqueza social.

Parece que en una República naciente es el hecho excepcionalmente sensible. En los Estados Unidos, en la Argentina, en Francia, en Suiza pasan esas cosas sin que la opinión se escandalice demasiado; se acostumbra uno a la arbitrariedad más o menos sangrienta, tanto por su repetición como por la sabia excusa que halla siempre la prensa directora y desviadora de la opinión; se hace callo en la conciencia. Pero en Portugal, donde los Machado, los Braga, los Costa y demás prohombres del republicanismo portugués se nos presentaban con la primitiva pureza apostólica, como cándidos regeneradores democráticos dispuestos a reparar los efectos de la corrupción monárquica, la noticia se atraganta, repugna, indigna. No puede uno acostumbrarse a ver aquellos santos varones rebajados al nivel de un Clemenceau, de un Briand o de un Millerand.

Ante todo sabe ya todo el mundo que en cada demanda obrera hay algo más justo, más poderoso y más urgente que la justicia legal; hay la necesidad. Con la injusticia legalizada se puede ir viviendo; sin lo necesario se muere. Y ya nadie ignora que esas demandas de los productores de la gran riqueza social aquí, allá y en todas partes, se fundan en necesidades imprescindibles de descanso, de alimentación, de cultura, de salud, de previsión, de alegría a que ponen límite mortal el trabajo excesivo y la remuneración escasa. Ver ahora en la naciente república los guardias republicanos hacer los menesteres de sayones y victimarios, y los barcos de guerra dispuestos a aprisionar huelguistas, ni más ni menos que en la Rusia autocrática, tiene asegurado la reprobación universal.

A los obreros portugueses no les debía coger desprevenidos. Refiere Magalhaes Lima, en *O Socialismo na Europa*, que «tres emisarios, delegados por las secciones de Madrid, llegaron a Lisboa con el propósito de tantear el terreno y preparar la propaganda... Entablaron relaciones con Fontana, y comenzaron las conferencias privadas, que tuvieron lugar en un bote vogando en el Tajo, reunidos los tres españoles Tomás Morago, Francisco Mora y Anselmo Lorenzo con Fontana, Antero do Quental y tres jóvenes más... Y un año después, gracias al ardiente empeño de sinceros y honrados trabajadores de diversos oficios, Lisboa contaba diez mil asociados en las secciones de resistencia, y Oporto, unos ocho mil, y las poblaciones circunvecinas de las dos ciudades, algunos miles más.»

¡Qué hermoso recuerdo de la juventud! Hace ya cuarenta y un años, y... nada más a propósito que esta página de mi *Proletariado Militante:*

«Nos hallábamos en una barca, dirigida por uno de los congregados, en medio del Tajo. La soledad del sitio, la obscuridad sólo atenuada por el brillo fosforescente del agua removida por los remos con perezosa lentitud, y aquel majestuoso silencio que parecía como una pausa impuesta al incesante movimiento de la Naturaleza, predisponía de hermosa manera a aquella comunión del pensamiento y de la voluntad, precursora de un nuevo curso de las ideas, alejándose de ideales muertos, artificiosamente sostenidos con hipócritas convencionalismos, para dirigirse franca y resueltamente a las nuevas fuentes de virtud, de justicia y de felicidad en buena hora halladas...

»Pocas veces he sentido el entusiasmo de la inspiración y la alegría de pensar, sentir y querer al unísono con otros hombres como en aquella noche feliz.

»El examen de los fundamentos sociales, la rápida exposición histórica, la crítica de las instituciones, la negación de cuanto la sociedad afirma y la razón y la ciencia niegan, hízose con método, con sencillez, sin aquella acritud que ofende al obcecado creyente, como si fuéramos una reunión de filósotos desligados de todo género de intereses mundanos en una Tebaida santamente altruista, diferente de aquella otra en que la santidad oculta el egoismo que no se contenta sino con la posesión del goce individual y eterno en una soñada vida ultraterrena. Allí, como en visión profética, asistimos a la disolución de los Estados, a la consiguiente ruina del privilegio y de la desigualdad, faltos del apoyo que les presta la autoridad, a la desaparición de esas dos categorías antagónicas denominadas *capitalistas* y *obreros* para formar la única de *productores libres* que comprenderá a todos los nacidos, y por último a la entrada de todos en la posesión del patrimonio universal, que será como el reingreso de la humanidad en aquel paraíso de la fábula genesiaca, enriquecido con los infinitos beneficios del progreso, donde, si de él fué arrojado por el pecado de la ignorancia y la violencia de un creador irritado, volvía regenerada por la virtud de la ciencia y el poder de la revolución...»

Bien sabían los conferenciantes del Tajo, y los miles de trabajadores portugueses después, y una prensa obrera que desde Lisboa y Oporto ha sostenido el socialismo, el sindicalismo y la anarquía con firmeza magistral que «la sujeción del trabajador al capital es la fuente de toda esclavitud política, moral y material», como afirmó La Internacional.

Pero desgraciadamente esa verdad no la tuvo en cuenta el proletariado lisbonense el día de la fuga del rey Manuel, y no supo agotar esa fuente maldita.

Recuerdo a este propósito que pocos días después de aquella fuga, en el solemne acto del entierro de dos héroes de la revolución, un ministro republicano alabó «la abnegación de aquellos hijos del pueblo que, hambrientos y descalzos, custodiaban durante la transición revolucionaria los bancos y las casas de los ricos.» Esa alabanza, que hubiera podido tomarse por cínico insulto si no la excusara la ignorancia del personaje político, demuestra que la propaganda emancipadora de tantos años no había dado aún frutos de energía revolucionaria.

Con la actividad presente repara aquella falta el proletariado portugués, porque la lucha se ha entablado. Un despacho del 22 habla de tranvías atacados, de cargas de policía y de algunas detenciones.

En la cárcel y en la sentina de los barcos podrán pensar los trabajadores lisbonenses en los beneficios de la República y en la gratitud con que sus conciudadanos capitalistas corresponden a sus desvelos en su defensa en los días de peligro.

Sirva el hecho y el recuerdo de provechosa lección de cosas al proletariado español.

ANSELMO LORENZO

## Fantasía sobre el amor

El ambiente era bochornoso. Los primeros calores eran recibidos con júbilo por los mercaderes de veneno.

Los cafés, las tabernas y los modestos aguaduchos abrían sus puertas a todos los vientos, alineaban en las aceras enguirnaldadas las mesitas para los clientes reposados que aman saborear la bebida rodeados de los pobres arbustos, que piadosos guardan los tiestos en sus modestos vientres.

Después de haber vagado por la ciudad ensimismado en el laberinto de la filosofía que continuamente aqueja a mi mentalidad, uno de estos cafés me pareció más hospitalario que los otros que tropecé en mi camino. Con la boca seca, las piernas flojas y el alma deshecha, me senté en un rinconcito al lado del mostrador que deslumbraba con sus metales brillantes, sus frascos multicolores y sus gotas de agua que reverberaban a su vez como diamantes perdidos en aquella luz y coloridos abigarrados.

Paseé mis ojos por la sala y escudriñé los tipos que la llenaban.

Bien pronto comprendí que casi todos eran obreros, gente asalariada, que el día de fiesta quieren olvidar su vida monótona y laboriosa.

En todos los visajes se dibujaba el cansancio, el dolor de recomenzar al día siguiente la producción que sostiene el equilibrio social, porque todo lo que en sí tiene de alegre el sábado, lo posee de melancólico el domingo. El sábado es la promesa de la libertad y el domingo es la afirmación de la esclavitud que recomienza el lunes.

Un fonógrafo llenaba de música el vacío de las conversaciones mustias que en las mesas se entablaban, y una pobre vieja andrajosa y sucia a quien la chispa del alcohol había reanimado, seguía ante la bocina monstruosa del coloso musical, con su voz ronca y perdida y sus gestos de triste alegría, las canciones que lanzaba al viento.

Yo por más que espiaba, no podía descubrir entre los concurrentes uno que llevase en su rostro algo de heroicidad, de fuerza o de idealismo. Todos se cubrían con el antifaz de la resignación.

De vez en cuando una sonrisa macabra apuntaba en los labios y un brillo siniestro dilataba las pupilas. Era efecto de la canción picante que el disco interpretaba y era la evidencia de que sólo los hombres vibran al contacto del deseo insaciable del sexo deformado. Una rabia sexual, una lujuria avasalladora, un prurito furioso planea por encima de los seres humanos como un monstruo bíblico, que amenaza continuamente con sus zarpazos destruir algo del fondo sentimental, e impide que el sol del amor no fecundice ni extienda el calor de sus rayos con toda la fuerza e igualdad que esta tierra, donde sus hijos se destrozan, se merece.

Ensimismado en estas reflexiones me hallaba y la realidad vino a confirmar el aserto.

Entró una mujer y con más colorido se manifestó el rayo del deseo. También en mí sentí la conmoción, porque verdaderamente la mujer era hermosa y codiciable. Si la concurrencia toda hubiera visto como yo, no sé el paroxismo a qué extremos hubiera llegado en aquella cálida noche.

La beldad vino al rincón donde me encontraba y tomó un refresco. Para pagarlo, levantó su falda y sacó de entre su media el dinero. Por este original portamonedas, pude juzgar de la condición de la moza. Mas yo estaba electrizado por la calidad de aquel cuerpo soberano.

La pierna era deliciosa, y la curva que continuaba en el interior de las ropas, dejaba adivinar las gracias que la carne pecadora atesoraba. El rostro era un dechado de perfección; la nariz armónica, la boca sabrosa que hacía pensar en fatigas de canícula, en frutos dulces y en arroyos de agua cristalina y murmurante. Los ojos eran bellos como la atracción misteriosa y cruel de la vida, y el vértigo de sus miradas denotaba la tiranía y la fuerza.

La sugestión de aquella mujer me impresionó profundamente, porque en ella no había el aderezo fastuoso de la ropa ni el afeite de las facciones, ni el perfume rebuscado de la meretriz. Todo en ella era equilibrio y denotaba la pujanza sincera y escueta del sexo.

Yo pronto hice de esta mujer un símbolo: vi en ella una diosa vengadora y justiciera. Su paso majestuoso me pareció que había de atravesar y calmar el incendio devastador que la lujuria de nuestras sociedades gastadas y podridas lleva en su seno, como signo de esterilidad y muerte. En sus labios firmes e inquebrantables se me antojó ver la satisfacción absoluta y final de todas las bocas trémulas y crispadas de los sedientos de amor, de los exaltados, de los extenuados y de los impotentes.

. . . . . .

Y después de muerta la raza espúrea, la diosa vengadora se transformó.

Una sonrisa placentera entreabría sus labios, y se ofrecía como mujer fecunda que aguardaba la simiente viril en la promesa de gozosa germinación. Ante la imaginación se presentaba toda la belleza del ensueño. Paraíso renovado, la tierra era edén venturoso. Bosques misteriosos, vergeles lujuriantes, suaves praderas como lechos nupciales, se ofrecían a las parejas humanas que retozaban en la inocente desnudez de sus cuerpos palpitantes de atracción sexual.

Danzas helénicas, juegos olímpicos, entretenían los ocios de los nuevos pobladores. Y sus hijos eran el fruto sano del amor, continuadores de la siembra generosa.

. . . . . .